

# “Sacaréis aguas con gozo de las fuentes de la salvación” (Is 12, 3)

(Importancia de la iniciación cristiana para el Tercer milenio. Centralidad de Jesucristo).

---

**RAFAEL PRIETO**

*“Sacaréis aguas con gozo de las fuentes de la salvación” (Is 12, 3)*

## 1. “Todas mis fuentes están en ti” (Sal 86, 7)

El año jubilar es como abrir todas las fuentes de la gracia. Un derroche de gracia y de misericordia. *“En aquel día protegerá Yahveh en primer lugar las tiendas de Judá. En aquel día manifestará Yaveh su protección a los habitantes de Jerusalén... Infundiré sobre la casa de David y sobre los habitantes de Jerusalén un espíritu de gracia y de clemencia” (Za 12, 7-83 10).*

Aquel día lo inauguró Jesús: *“Un año de gracia del Señor... Hoy se cumple esta Escritura” (Lc 4, 19.21).* Es un año de gracia que no se acaba. Es un hoy que no termina. El jubileo cristiano no tiene fin, porque Cristo es Señor también del sábado y del tiempo, es ayer, hoy y siempre.

Las tiendas de Judá y los habitantes de Jerusalén no son circunstancias geográficas, sino espirituales. Habitantes de Jerusalén son todos los creyentes, los hijos de la fe, como los hijos de Abraham.

Pues en aquel día, hoy, manifestará Yahveh a todo el mundo su gracia y su protección. Abrirá las fuentes de su amor, para que todos los sedientos puedan ser saciados y para que todas las tierras baldías sean enriquecidas y fecundadas.

Estas fuentes podríamos aplicarlas a los sacramentos. Son fuentes de gracia, sin duda. A través de los sacramentos nos llegan las aguas del Espíritu, de la misericordia y el perdón, de la liberación y la vida nueva, de la sanación y la dicha, de la fortaleza y la esperanza, del amor.

De cara al tercer milenio, urge renovar y actualizar la pastoral sacramental, para que los sacramentos no se vean como costumbres rutinarias, ritos apagados, actos folklóricos, sino como signos liberadores, celebraciones vivas y comprometidas, momentos de fiesta y de gracia. Especial empeño debemos poner en los sacramentos de la iniciación cristiana, por su gran importancia cristológica y eclesial. La *Tertio millennio* nos habla del “*esfuerzo de actualización sacramental*”, que nos ayudará “*al descubrimiento del Bautismo como fundamento de la existencia cristiana, según la palabra del Apóstol: “Todos los bautizados en Cristo os habéis revestido de Cristo” (Ga 3, 47)” (TMA 41).*

Un poco más adelante se habla cómo, entre los objetivos primarios de la preparación del jubileo, está “*el reconocimiento de la presencia y de la acción del Espíritu, que actúa en la Iglesia tanto sacramentalmente, sobre todo por la Confirmación, como a través de los diversos carismas*” (45).

Y en relación con la Eucaristía, se asegura que “*el dos mil será un año intensamente eucarístico: en el sacramento de la Eucaristía el Salvador, encarnado en el seno de María hace veinte siglos, continúa ofreciéndose a la humanidad como fuente de vida divina*” (55).

Todas las gracias del jubileo son vida divina. Y todas las fuentes son una fuente, que es Cristo, el Salvador de los hombres, *“el Redentor del mundo, es el único mediador entre Dios y los hombres (cf. Hch 4, 12)... En él tenemos por medio de su sangre la redención, el perdón de los pecados, según la riqueza de su gracia...”* (TMA 4).

Por eso decimos: *“Todas mis fuentes están en ti”* (Sal 86, 7). En Cristo se concentran todos los tesoros de la gracia. El es para nosotros *“sabiduría, justicia, santificación y redención”* (1 Co 1, 30). Él es libertad y salvación. Decir con fe Jesús, es como un sacramento, por lo menos un sacramental, mirar con fe a Jesús es seguridad de curación, como aquellos israelitas que miraban la serpiente de bronce en el desierto (cf. Nm 21, 6-9). Es lo que anunciaba el profeta: *“Volverán sus ojos hacia aquel que ha sido traspasado”* (Za 12, 10; cf. Jn 19, 37). No debemos cansarnos de mirar al que fue traspasado, porque de sus heridas nacen todas las fuentes. Todas mis fuentes están en ti, Cristo. Todos mis anhelos y deseos están en ti. Todas mis necesidades y remedios está en ti. Todos mis estímulos y compromisos están en ti. Toda mi dicha y bienaventuranza está en ti.

Y en Cristo están también todas las fuentes de la Iglesia. Sin Cristo la Iglesia se secaría, se convertiría en casa fría o en mercado o en centro de poder. De Cristo la Iglesia saca su vida. *“Sacaréis aguas con gozo de las fuentes de la salvación”* (Is 12, 3).

Cristo es el protosacramento de Dios, el sacramento primordial de salvación. *“No hay otro sacramento de Dios sino Cristo”*, afirma S. Agustín. Todo sacramento es *“signo de la cercanía de Dios”* (T. Schneider), lugar de encuentro con Dios. Pues Cristo es el verdadero lugar de encuentro con Dios, la más íntima cercanía de Dios. No hay más templo ni más sacramento que Cristo. No hay más signo salvador que Cristo. En cada una de sus palabras y en cada uno de sus gestos, Dios se comunicaba, se comunica salvadoramente.

Toda la sacramentalidad se concentra en Cristo y nos llega a través de la Iglesia. Podemos aplicar a Cristo lo que el libro de los Proverbios dice de la Sabiduría: *“La Sabiduría ha construido su casa, plantando siete columnas, ha preparado el banquete, mezclado el vino y puesto la mesa”* (Pr 9, 1-2). Esta casa de siete columnas es la Iglesia, *“el edificio sacramental”*. Aquí no falta el alimento necesario, el agua que sacia y purifica, el vino que alegra y conforta, el aceite que cura y consagra. Tampoco falta el Fuego del Espíritu y la presencia del Señor.

## 2. El agua, la sangre y el Espíritu

Los sacramentos, decimos, son **signos eficaces de salvación**. Los sacramentos son signos creadores de amor: como una alianza, como un abrazo, como un beso. Por medio de los sacramentos Dios se acerca a nosotros para decirnos que nos quiere, para volcar sobre nosotros sus medicinas, para recrearnos con su aliento, para revertirnos con su gracia, para alimentarnos con sus manjares, para fundirse con nosotros en abrazo transformante.

Signos de salvación, como el arco iris, como la paloma y la oliva, como la serpiente de bronce en el desierto, como la vara de Moisés o como los brazos de Moisés, extendidos y en alto durante el tiempo de la batalla; y como el arca de la alianza o como la nube cargada de divinidad.

**Signos de amor**, como el agua y la sangre que brotaron del Costado de Cristo, lo más limpio y lo más íntimo, lo más fecundo y lo más ardiente, lo más humano y lo más divino. Es verdad, *“todas mis fuentes están en ti”*. Y como el **Espíritu**: aliento de Jesús, exhalado sobre los discípulos, viento fuerte, fuego que purifica y enardece, veneno que salta hasta la vida eterna, óleo de alegría y santidad.

*“Pues tres son los que dan testimonio: el Espíritu, el agua y la sangre, y los tres están de acuerdo”* (1 Jn 5, 7-8). Es un testimonio elocuente:

que Dios nos ha amado hasta el fin, que no ha entregado a su Hijo como prueba de amor y que el Hijo se ha entregado por nosotros, haciéndonos partícipes de su vida divina por medio del Espíritu. Es un mensaje de amor. El agua, la sangre y el Espíritu nos hablan del amor de Dios, manifestado en Jesús y de la salvación que Jesús nos ha conseguido, salvándonos de la noche y anticipándonos la vida eterna. *“Nos ha resucitado en Cristo Jesús y nos ha sentado en el cielo con él”* (Ef 2, 6). Así pues, el que se baña en el agua, el que bebe la sangre, el que recibe el Espíritu, o sea, el que de verdad cree en Jesús, está salvado. *“Porque si tus labios profesan que Jesús es Señor y tu corazón cree que Dios lo resucitó de entre los muertos, te salvarás”* (Rm 10 9).

### *Los sacramentos que edifican la Iglesia*

S. Juan Crisóstomo lo expresó bella y profundamente. *“Y al punto salió agua y sangre: agua, como símbolo del bautismo; sangre, como figura de la eucaristía... Con estos dos sacramentos se edifica la Iglesia: con el agua de la regeneración y con la renovación del Espíritu Santo, es decir, con el bautismo y la eucaristía, que han brotado ambos del Costado. Del costado de Jesús se formó, pues, la Iglesia, como del costado de Adán fue formada Eva”* (J. Crisóstomo, Cat. 3. SC 50, 174-177).

### *El agua o el bautismo y el pez*

Ezequiel vio que salía del Templo un manantial de agua, que se convirtió en río desbordante de purificación y de vida (Ez 47, 1-12). Del Costado de Cristo, el nuevo Templo de Dios, brotó una fuente de agua viva que llega hasta nosotros. Si te bañas en ella, te sientes renovado, contagiado de divinidad. Si la bebes, te sientes enteramente saciado, lleno de vitalidad. Si la utilizas para el riego de tus campos, estos se revestirán de flores y de maravillosos frutos: *“Todos los meses darán frutos nuevos... Sus frutos servirán de alimento y sus hojas de medicina”* (Ez 47, 12).

En la fuente podrás pescar: “*los peces serán muy abundantes*” (Ez 47, 10). Pero, sobre todo, se encuentra un Pez grande, que sirve también de alimento y medicina; como aquel gran pez que cogió Tobías, que alimentaba, curaba de la ceguera y liberaba de malignos demonios. Todo servía en aquel pez, pero especialmente el corazón.

Así se expresaba un poeta del S. II: “*La fe me guiaba por todas partes, y me presentó como alimento el pez del manantial grandísimo, puro, que cogió la Virgen casta y lo dio a comer todos los días a los amigos*” (Abercio). Nos alimentamos diariamente con el Pez. Somos “*raza divina del pez celeste... Que yo me sacie, pues, con el pez*”, y que descanse “*en la paz del pez*” (Pectorio, Epitafio, S. III).

También nosotros podemos llegar a convertirnos en pececitos: “*Mas nosotros, pececitos, que tenemos nuestro nombre de nuestro Pez, Jesucristo (ixzús), nacemos en el agua y no tenemos otro medio de salvación que permaneciendo en esta agua saludable*” (Tertuliano).

### *La sangre y la Eucaristía*

La sangre es sagrada, la sangre es la vida. No se debe derramar ni se debe profanar. Sirve para hacer alianzas profundas, para sellar pactos definitivos, para dar las pruebas más convincentes de fidelidad y de amor. Por eso la sangre no debe tratarse de cualquier manera. Si se bebe la sangre, debe ser como en una comunión, porque la sangre, sabes, es la vida.

Del Costado de Cristo brotó sangre, más pura que las de los corderos, más hermosa y elocuente que la de Abel (cf. Hb 12, 24). Esa Sangre se sirve en copas escogidas. La beben los que están dispuestos a hacer alianza de sangre, a unir su sangre por amor. “*Acércate también al cáliz de la sangre ... santificate diciendo amén y participando de la sangre de Cristo. Y estando húmedos todavía tus labios, tocándolos con las manos, santifica los ojos, la frente y todos los demás sentidos*” (S. Cirilo de Jerusalén, Cat. mist. 5, 22).

### *El Espíritu en la Confirmación*

El Espíritu es lo que late en cada gota de agua y de sangre. Es la realidad más íntima que todo lo vivifica. Es el secreto hondo de cada persona, el misterio de cada acontecimiento, la vida de toda vida.

Jesús, al morir, exhaló su Espíritu y se lo dio al Padre para que lo guardara. El Padre se lo devuelve al tercer día. Y así, resucitado por el Espíritu, rebosante de Espíritu, lo comunica a sus discípulos, a todos los creyentes, *“en el baño de regeneración y renovación”, y lo derrama “sin medida”* (cf. Ti 3, 5-6; Jn 3, 44).

El Espíritu va siempre unido al agua, a la sangre y a la palabra. Sin Espíritu el agua se corrompe, la sangre se desvirtúa y la palabra se vacía. No hay sacramento sin Espíritu. Pero el agua con el Espíritu vivifica, la sangre con el Espíritu enardece, la palabra con el Espíritu transforma.

### **3. “Una Virgen casta”**

Al agua, la sangre y el Espíritu, hay que añadir la Iglesia, Virgen casta. Ella es la que da cauce al agua y a la sangre, la que presta su voz al Espíritu. Ella es la que coge al Pez y nos lo prepara, bien condimentado, y lo ofrece a sus numerosos hijos.

La Iglesia es el gran sacramento, *“sacramento universal de salvación, que manifiesta y al mismo tiempo realiza el misterio del amor de Dios al hombre”* (Gs 45; cf. LG 1). La Iglesia, sacramento de Cristo, porque en ella se prolonga y visibiliza. La Iglesia es como la encarnación del Verbo y por ella nos sigue salvando. Sacramento universal, porque toda la salvación de Dios en ella se significa y se realiza: su perdón, su liberación, su gozo, su vida nueva, la dignidad renovada, el amor personalizado, toda la autodonación de Dios.

Los distintos sacramentos son expresiones del gran sacramento eclesial. No hay sacramentos sin Iglesia. Los sacramentos son de la Iglesia y para la Iglesia. Y se celebran en la Iglesia, no por separado. El Pez no lo coges tú del manantial, ni lo preparas ni lo comes por tu cuenta. *“Las acciones litúrgicas no son acciones privadas, sino celebraciones de la Iglesia ... y por eso pertenecen a todo el cuerpo de la Iglesia, lo manifiestan y lo implican”* (SC 26). Por eso las celebraciones de los sacramentos deben ser comunitarias. La comunidad es lugar de encuentro con Dios, donde actúa con más eficacia. Si se impone una celebración individualista y devocional, la vida cristiana se convierte en algo pietista y espiritualmente interesada. En vez de celebrar la experiencia del amor de Dios, se pensará más en la propia salvación. Y si esto es lo que realmente preocupa, se produce un giro de consecuencias incalculables: se buscarán méritos en vez de vivir la gratuidad; se intentará cumplir escrupulosamente los mandamientos en vez de vivir las Bienaventuranzas o de abrirse a la ley del amor.

De manera que no hay sacramentos sin Iglesia. Pero también podemos decir que no hay Iglesia sin sacramentos. *“Una imagen vigorosa, acariciada por los Padres, compara la Iglesia a una matriz viva, que acoge la semilla de la acción salvadora de Dios y la hace fructificar en su seno, engendrando creyentes e hijos de Dios”* (Juan Pablo II). Sin los sacramentos, la Iglesia perdería su riego y su savia, se quedaría sin hijos. El agua y la sangre necesitan de la Iglesia para que puedan ser distribuidos, pero la Iglesia necesita del agua y la sangre para que pueda ser vivificada. El Espíritu necesita de la Iglesia para dejarse oír, pero la Iglesia necesita del Espíritu para no convertirse en disco rayado.

El Catecismo de la Iglesia Católica lo enseña así: *“Los sacramentos son de la Iglesia en el doble sentido de que existen por ella y para ella. Existen **por la Iglesia**, porque ésta es el sacramento de la acción de Cristo, que actúa en ello gracias a la misión del Espíritu Santo. Y existen **para la Iglesia**, porque ellos son ‘sacramentos que constituyen la Iglesia’ (S. Agustín)”* (1.118).

La Iglesia celebra los sacramentos en tanto que los administra y en tanto que los recibe. Es a la vez ministro y sujeto, distribuye la gracia y se baña en ella. Con los sacramentos la Iglesia se alimenta y se autorrealiza. Cada vez que se celebran los sacramentos de la iniciación cristiana, la Iglesia crece en número y en valor. Por cada sacramento, la Iglesia más encendida en la fe, más refulgente en la caridad, más animada por el Espíritu. Por cada sacramento, la Iglesia más gozosa, más acogedora, más libre, más servicial, más entregada. Por cada sacramento y en cada sacramento, más de Cristo y menos de ella, más para los hombres y menos para sí. Por cada sacramento y en cada sacramento, más en este mundo y menos de este mundo, más anticipo del Reino y menos imagen de los reinos, más anhelante de la Parusía y menos codiciosa de este siglo.

Entonces, una pastoral sacramental tiene que preocuparse no sólo de la celebración de los sacramentos, sino de la misma Iglesia que los celebra, de su ser y su actuar, de su realidad y sus manifestaciones. La Iglesia ha de ser virgen casta, madre misericordiosa, hermana solidaria. Virgen casta por la fe, madre misericordiosa por las entrañas de amor, hermana solidaria por la generosidad y cercanía.

La imagen de la Iglesia es sumamente importante para conseguir pastoralmente el fruto deseado. Es verdad que los sacramentos producen la gracia *ex opere operato*, pero es la Iglesia la que amasa y moldea esta gracia sacramental. Lo mismo que la familia influye poderosamente en la transmisión de valores a los hijos, así la Iglesia es la transmisión de esta gracia.

Al cuidar, pues, la pastoral de los sacramentos, debemos empezar por cuidar el rostro de la Iglesia que los celebra. Ha de ser siempre un rostro de virgen y madre, limpio y gozoso, joven e ilusionado. Hay aquí una llamada constante a la conversión, como enseña Hermas: “*¿Porqué en la primera visión se te apareció vieja y sentada en una silla? Es que nuestro espíritu está aviejado y marchito ya y sin vigor... En la segunda visión la*

*viste de pie y que tenía la cara más joven y alegre... Finalmente, en la tercera visión la viste joven, hermosa y alegre y que todo su talle irradiaba belleza... Los que hicieron penitencia se tornarán jóvenes en todo su ser y estarán firmes como sobre cimiento” (Pastor, Visión III, 10-13).*

Se dice, a veces, que la Iglesia presenta distintos rostros. El rostro joven y atrayente es el de la caridad, el rostro viejo y arrugado el de la enseñanza, el rostro raro y rígido el de la liturgia. Pero no hay tres iglesias. Una sola es la Iglesia de Cristo, la que enseña, la que celebra y la que ama; la que amando enseña y enseñando ama; la que celebra la enseñanza y el amor; la que ora, movida por el Espíritu, que es Amor, y la que sirve en el Espíritu de Amor. La que administra los sacramentos y la que vive los sacramentos, alentada siempre por un mismo Espíritu.

Quiere decir que la pastoral sacramental debe ser *integradora*. Es verdad que la Iglesia se construye desde las tres grandes dimensiones: Palabra, Liturgia, Caridad. Pero estas tres fuerzas no se separan ni discurren por vías paralelas, sino que mutuamente se integran y se complementan.

La **Palabra** que se guarda y se transmite, se profundiza y proclama, es la Buena Noticia de Cristo Salvador, o el inmenso amor de Dios manifestado en Jesucristo, comienzo del Reino de Dios en la tierra. Esta palabra suscita la fe, mueve a la celebración, urge el testimonio y el compromiso del amor.

La **Liturgia** recuerda, actualiza y celebra la Palabra, renueva el misterio de la salvación, misterio de amor, llena a los creyentes de energía espiritual, los transforma para que sean fermento del mundo nuevo.

La **Caridad** es la que vivifica a la Palabra, para que no sea rutinaria o vacía; la que autentifica a la Liturgia, para que no se convierta en un culto fariseo, sino que sea “en espíritu y en verdad”. Sólo los hombres animados por el amor pueden ser buenos predicadores y buenos liturgos.

### *Algunas aplicaciones más concretas*

Los sacramentos de la iniciación cristiana deben ser una clara manifestación de la maternidad de la Iglesia. Una maternidad entrañable y responsable, no autoritaria, maternalista o funcionaria.

***Entrañable***, que significa acogida de cuantos solicitan el sacramento, respeto a las personas, comprensión de las diversas situaciones, interés y dedicación, cultivo esmerado de cuantos reciben la catequesis.

***Responsable***, que se manifiesta en actitudes dialogantes, en la seriedad de los planteamientos, en la búsqueda de la verdad en cada situación, en la evangelización entusiasta, en la evaluación rigurosa del proceso catequético y en la toma de decisiones maduras.

***No autoritaria***, como si la Iglesia pudiera atar o desatar caprichosamente, como si fuera dueña de los sacramentos, y pudiera disponer de ellos a su antojo. No es ama, sino madre; no es gerente, sino servidora. El autoritarismo es imagen vieja y “clerical”.

***No maternalista***, concediendo el sacramento sin ningún tipo de exigencia y compromiso. No se puede ofrecer el don a quien ni lo conoce ni lo valora, sería como tirar “las perlas a los puercos”. El maternalismo es imagen blanda, más bien de la abuela. Tiene que ver con una Iglesia acomodaticia, in-expresiva e in-significante.

***No funcionaria***, la imagen fría, distante, enfadada, repelente. Es la que exige desde los despachos el cumplimiento de unos requisitos, previamente establecidos, para poder conseguir el título o el diploma sacramental. A tantos créditos catequéticos, tanta gracia del sacramento; a tantas declaraciones de libertad, tanta garantía de eficacia.

***No interesada***, una imagen que ni se debería nombrar, porque suena a sacrilegio. Tiene que ver con los tratos de favor, según la posición, la

amistad, la clase o el dinero. Y con cierta manera de exigir aranceles y estipendios; o tal vez con los mismos aranceles y estipendios

Yo no sé qué imagen prevalece en nuestras comunidades parroquiales, pero lo cierto es que no acertamos en la pastoral de los sacramentos de la iniciación cristiana. No es poco lo que se está consiguiendo, pero queda mucho más por conseguir. Cuando ves los ejemplos u oyes los testimonios de las iglesias de misión en el Tercer Mundo, añoras esos modelos pastorales. Hay más seriedad, más rigor, más deseo, más gozo. Un misionero me comentaba hace poco -sólo es un ejemplo- que en su iglesia nadie recibía un sacramento de iniciación si no asumía un compromiso cívico-social de ayuda a la comunidad.

¿La Iglesia es la casa donde se reparten los sacramentos? Para muchos la Iglesia es el lugar donde la gente se casa, se bautiza, se confiesa, se recibe la comunión y la confirmación... Dicho así, ¡qué pobreza y qué frialdad! Si a esto añadimos algunas circunstancias que acompañan a la "administración" de estos sacramentos, tales como dinero, tintineando cerca de la Fuente, folklore ritualista y toda la parafernalia del consumismo, pues dan ganas de llorar o pedir al Señor que vuelva con el látigo.

Y, sin embargo, podemos decir que la Iglesia es la casa del sacramento, como Belén era la casa del pan, Nazaret la casa de la familia, Betania la casa de la hospitalidad; o como Juan era la casa de la fe, a la que llevó a María, y María era la casa palpitante de Dios. La Iglesia es la casa del sacramento, es decir, la casa de la luz y la esperanza, la casa abierta a la utopía, la casa del perdón y la misericordia, la casa donde las hambres de Dios se sacian.

Y es la casa en la que Cristo prolonga su palabra y sus signos salvadores, en la que el Espíritu enciende una hoguera para calentarnos junto a Dios. Y es la casa en la que hermanamos y compartimos. Y es la casa

en la que anticipamos experiencias del Reino. Así que podemos decir que “de la Iglesia al cielo”.

#### **4. “La fe me guiaba”**

*Si supieras ...*”. Así hablaba Jesús a la samaritana. Quería ofrecerle toda una fuente de agua viva, pero era imprescindible que supiera: que supiera distinguir y reconocer el agua y supiera valorar y aceptar al que se la ofrecía.

*“Si conocieras el don de Dios”* (Jn 4, 10). Sólo el que conoce y desea este don se capacita para recibirlo. Este conocimiento y re-conocimiento no se consigue con el estudio o a través de la experiencia humana. Se necesita otra luz que viene de más arriba.

Si conocieras *“quién es el que te dice: dame de beber”* (Jn 4, 10). Llegar a conocer a esta persona es, en verdad, una gracia. Aquél que llegue a conocerlo encontrará el tesoro escondido, la clave de la dicha y la salvación. En realidad, el don de Dios viene a identificarse con el que lo promete. Se identifica el mensaje y el mensajero. Y nadie lo conoce si el Padre no lo revela. (cf. Mt 11, 27; 16, 17).

Este conocimiento del que se habla es algo más que doctrina. Es un conocimiento participativo, que lleva a la acogida. Es lo que llamamos la fe. Para conseguir el don de Dios, se necesita el “conocimiento”, se necesita la fe. Para recibir la gracia del sacramento, se necesita la fe.

La gracia del sacramento es, naturalmente, gratuita, pero no es “barata”. No se exige nada a cambio, pero se pide la fe. *“La gracia barata es la gracia considerada como mercancía que hay que liquidar, es el perdón malbaratado, el sacramento malbaratado... La gracia barata es la justificación del pecado y no del pecador... Es la predica-*

*ción del perdón sin arrepentimiento... Es la gracia sin seguimiento de Cristo*" (D. Bonhoeffer, *El precio de la Gracia*. Ed. Sígueme, Salamanca, 1986, 17-18). En el fondo, la gracia barata es la gracia sin fe, porque ésta es la que lleva al seguimiento de Cristo y a la identificación con él.

Sin fe no hay sacramento. El sacramento sin fe deja de ser signo y deja de dar gracia, es decir, deja de ser sacramento. La fe es algo constitutivo del signo sacramental. "*La teología clásica decía: no hay sacramento fructuoso sin la fe del sujeto; la teología contemporánea prefiere decir: no hay acontecimiento sacramental sin la fe... Al binomio sacramento y fe, se prefiera la fórmula tradicional: sacramento de la fe*" (J. M. R. Tillard. *Le nuove prospettive della teologia sacramentaria*, Sacra doctrina, 45, 1967, 44).

La relación fe y sacramento es dinámica y mutuamente enriquecedora. Los sacramentos, enseña el Vaticano II, no sólo suponen la fe, sino que la alimentan, la robustecen y la expresan. El sacramento es una expresión privilegiada de la fe. (cf. SC 59). Por eso, sin sacramento no hay fe, porque carecería de vida y autenticidad.

El sacramento no es un rito mágico, como se podría concluir de una falsa interpretación del *ex opere operato*. El sacramento es un diálogo entre Dios y el hombre, un encuentro interpersonal, lo que presupone acogida libre, consciente y responsable entre ambas partes. En Dios esa acogida se llama amor misericordioso. En el hombre se llama fe. Dios ofrece su gracia y su presencia amistosa. El hombre la valora, la desea, la pide, se abre a ella. Es suficiente. Surge una pequeña chispa, se enciende una pequeña llama. Son las actitudes de la fe. Y el milagro se realiza.

### *La fe de la Iglesia*

Cuando hablamos de fe, pensamos principalmente en el sujeto del

sacramento. Pero debemos ampliar la mirada. También es necesaria la fe de la asamblea celebrante, la fe de la Iglesia. Se ve claro en el caso del bautismo de los niños. Como ellos no pueden poner la fe, se la prestan sus padres y padrinos, la comunidad cristiana y la Iglesia. Se arroja al niño con la fe de todos. Algo así tendríamos que decir en los demás sacramentos.

*“No mires nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia”*, se reza en la misa. No mires nuestras infidelidades, sino la fe de tu Iglesia. No mires nuestras rutinas, sino la fe de tu Iglesia. No mires nuestras irresponsabilidades, nuestras dudas, nuestros miedos, nuestras prisas, sino la fe de tu Iglesia.

Una visión renovada de la liturgia y una buena pastoral de los sacramentos debe insistir en la importancia de la fe. Los sacramentos, hemos dicho, no son ritos mágicos, celebraciones mecánicas, oraciones automáticas, actos rutinarios, sino encuentros con Dios en Jesucristo, encuentros que no te dejan indiferentes, sino que pueden cambiar tu vida. A más fe, el encuentro será más intenso y participativo. Se puede aplicar aquí lo que decía Jesús a los enfermos que curaba: tu fe te ha salvado. Los sacramentos son prolongación de las palabras y hechos salvadores de Jesús, su mano alargada, la que curaba y expulsaba demonios. Pero él dirá siempre: tu fe te ha Salvado.

Los sacramentos son signos eficaces de la gracia que viene de Dios -dirección descendente-. Pero también significan y -¡ojalá que de manera eficaz!- las actitudes acogedoras del sujeto que los recibe y de la Iglesia -dirección ascendente-, o sea, la fe. El sacramento, dice el Catecismo de la Iglesia Católica, *“es preparado por la Palabra de Dios y por la fe, que es consentimiento a esta Palabra”* (1. 122).

### *Catequesis sacramental*

Hablamos de procesos catequéticos sacramentales: tantas catequesis para el Bautismo, tantos años de preparación para la Eucaristía y la

Confirmación. Debiéramos hablar más de procesos de fe. No han de prepararse tanto para “recibir” un sacramento, cuanto para vivirlo.

¿Sabemos lo que significa vivir el Bautismo, la Confirmación, la Eucaristía? Dios mío, una vida cristificada, una vida santa. ¿No tendríamos que esmerarnos más en los procesos catequéticos? ¿Qué compromisos presentan los padres que piden el Bautismo para sus hijos, los niños que reciben la Primera comunión, los jóvenes que se confirman? En vez de decir: se preparan para recibir la Confirmación, debiéramos decir: se preparan para crecer y madurar en la fe, lo que les llevará a la Confirmación; se preparan para llevar la Confirmación a la vida.

### *El Bautismo, sacramento de fe*

La fe y el Bautismo se integran. Los Padres no lo ven como cosas separadas. Para ellos el Bautismo es el sacramento o el sello de la fe. “La Iglesia sella la fe con el agua” (Tertuliano). S. Basilio lo explica así: “La fe y el Bautismo son los medios de la salvación, unidos e inseparables. Primero viene la profesión de la fe, que conduce a la salvación; luego viene el Bautismo, que es como un sello estampado a nuestra salvación” (De Spiritu Santo, 1, 12).

El Bautismo implica la necesidad de creer, el compromiso de seguir el Evangelio y responder a sus exigencias. Es una nueva vida que está llamada a crecer.

### *La Confirmación, crecimiento de la fe*

Si la Confirmación es el sacramento de la madurez cristiana, será también el sacramento de la fe madura. ¿Qué otra cosa se pide al confirmando sino que personalice y desarrolle su fe? Que la personalice, puesto que en el Bautismo otros pusieron la fe en su lugar. Que la

desarrolle, para que sea una fe contagiosa y comprometida. El confirmando ha de ser testigo y apóstol de Jesucristo. Para ello recibe al Fuerza del Espíritu.

La Confirmación sella la fe de la Iglesia con sello de fuego, como en Pentecostés. “Por esta donación del Espíritu los fieles se configuran más perfectamente con Cristo y se fortalecen con su poder, para dar testimonio de Cristo y edificar su cuerpo en la fe y la caridad” (Ritual de Confirmación, 2)

### *La Eucaristía, misterio de fe*

“Este es el sacramento de nuestra fe”, decimos después de la Consagración. Cuando Jesús anuncia la Eucaristía como Pan de vida, lo que pide a los oyentes es la fe. Comer a Cristo no es otra cosa que creer en él. “El que viene a mí no tendrá hambre y el que cree en mí no tendrá jamás sed” (Jn 6, 35). No se puede interpretar literalmente lo de comer la carne de Cristo y beber su sangre. “El Espíritu es el que vivifica. La carne no aprovecha de nada”, explica el mismo Jesús. “La palabra que os he dicho son espíritu y vida”. (Jn 6, 63).

Es decir, que se trata de una comida y bebida espiritual. Comer y beber es lo mismo que amar y creer. ¿De qué serviría celebrar la Eucaristía sin fe? Sería teatro. ¿De qué serviría comulgar sin fe? Sería sacrilegio, se tragaría, como Judas, su condena. “Porque quien come y bebe sin discernir, come y bebe su propia condenación” (1 Co 11, 29).

Es claro que la pastoral de los sacramentos no puede reducirse a preparar unas celebraciones muy piadosas y muy bonitas. Ha de ir a preparar creyentes, a hacer crecer en la fe, que es seguimiento e identificación con Cristo. El objetivo no es celebrar tantos sacramentos, sino hacer cristianos. Decía Pablo VI: “Si los sacramentos se administran sin darles un sólido apoyo de catequesis sacramental y de catequesis

global, se acabaría por quitarles gran parte de su eficacia. La finalidad de la evangelización es precisamente la de educar en la fe de tal manera que conduzca a cada cristiano a vivir, y no a recibir de modo pasivo y apático, los sacramentos como verdaderos sacramentos de la fe” (EN 47). No recibir el sacramento de modo puntual, sino vivirlo en compromiso permanente con Cristo, con la Iglesia y con el mundo.

## 5. Algo más que celebraciones puntuales

Es ya doctrina común entre teólogos y pastoralistas que los sacramentos no se reducen a un acto celebrativo puntual, sino que abarcan todo un proceso de vida. Así, por ejemplo, D. Borobio distingue en la pastoral sacramental tres momentos **constitutivos**: el **momento antecedente**, o el “antes” pastoral de la preparación; el **momento realizante**, o el “en” pastoral de la misma celebración; y el **momento consecuente**, o el “después” pastoral de la celebración. (cf. D. Borobio, *Dimensiones del sacramento: el don de Dios en el aquí y ahora del hombre*. St 65/5, 1975, 338-348; Id. *Entre el ideal y la realidad: directrices para una pastoral de los sacramentos*, St. 1994, P. 891-915). Diríamos que no son realmente momentos constitutivos de la pastoral, sino de los mismo sacramentos.

### • *Momento antecedente*

La preparación al sacramento ya es un inicio de sacramento, como era antiguamente el Catecumenado bautismal. En esta etapa debe hacerse una llamada constante a la fe y a la conversión. “*Para que los hombres puedan llegar a la liturgia, es necesario que antes sean llamados a la fe y a la conversión... y prepararlos además para los sacramentos*” (SC 9; cf. 59).

Para esta etapa podría servir de modelo la catequesis de Jesús a la samaritana. Vemos cómo se acerca a la mujer, le ayuda a conocerse a

sí mismo, estimula su deseo de salvación, le invita a la búsqueda del don de Dios y su Mesías...

Podemos decir que ha mejorado mucho la pastoral de preparación de los sacramentos de la iniciación cristiana, pero se está todavía muy lejos de conseguir unas metas satisfactorias.

- *Momento realizante*

La celebración del sacramento en su momento realizante es un tiempo de gracia. No podemos desconocer la importancia que tiene el que se consiga una digna celebración, para que ésta sea más provechosa.

Tenemos que reconocer que también se ha mejorado mucho en este aspecto. Hay una mejor preparación y una mayor participación de la asamblea, se nota una mayor creatividad, los símbolos son más conocidos y más expresivos, se procura llevar más la vida al culto. (cf. A. Iniesta, *Manifiesto sacramental. Hacia una nueva audacia pastoral*, Phase 201-202, 1994, 219-237, citado por D. Borobio) .

Pero las lagunas son muy grandes, porque se impone aún la rutina y el ritualismo, porque al sacerdote le falta talante celebrativo, o por falta de preparación y sosiego o porque los fieles no tienen la fe y las disposiciones adecuadas.

- *Momento consecuente*

Ni la misa termina con el “*Ite missa est*”, ni los sacramentos terminan con la última bendición. La gracia del sacramento se prolonga en la vida. Por eso debe ser cultivada y desarrollada como exigencia de la celebración. ¿Qué pasaría con el niño bautizado si no se cultiva la semilla cristiana que recibió en la celebración del Bautismo? Eso mismo hay que preguntarse con los demás sacramentos.

Es clara la importancia que tiene la pastoral de post-bautismo, post-comunión y post-confirmación. Hay que cultivar la gracia recibida, hay que urgir los compromisos derivados, hay que profundizar en el misterio sacramental.

En todos los sacramentos de la iniciación, especialmente en el bautismo de los niños, juegan un papel decisivo la familia, los padrinos, la comunidad parroquial. Han de ser los grandes cultivadores de los sacramentos recibidos. No sólo el carácter, también la gracia sacramental debe permanecer para que vivamos una vida sacramental. La vida cristiana es fundamentalmente vivir con radicalidad y verdad el Bautismo, la Confirmación, la Eucaristía.

Este ideal no se discute. Pero la verdad es que la pastoral de post-bautismo, post-comunión y post-confirmación no está bien desarrollada ni consigue buenos frutos. ¡Qué vacío encontramos en todas las etapas del post-sacramento! El tema de la post-confirmación es un caso típico de insatisfacción generalizada.

## **6. La parafernalia consumista**

No quisiera terminar sin expresar una protesta dolorida y un grito de rabia contenida por algunas prácticas que rodean a los sacramentos de la iniciación cristiana, especialmente a la Primera Comunión. Es tal el ropaje y el follaje que acompaña a estas celebraciones que el misterio se vacía de contenido. También aquí las zarzas ahogan a la buena semilla. El consumismo es el mayor enemigo de lo sagrado. No ataca directamente al misterio, sino que trata de aprovecharse de él. Así convierte el sacramento o la fiesta o la bendición o lo que sea en un objeto más de consumo, en un marco para la foto, en un pretexto para el banquete. El consumismo no respeta nada, penetra hasta el templo y el corazón.

Es realmente ridículo el espectáculo de las Primeras Comuniones, con las niñas vestidas de novias y los niños de almirantes o marineros, según la posición económica; con la lista de regalos; con la turba agobiante de cámaras y videos; con los banquetes correspondientes en restaurantes especializados. De verdad que sería para reír, si no se tocara algo tan sagrado. Es más bien para llorar.

Algo parecido, en menor grado, se hace en bautismos y confirmaciones. Hay que decirlo fuerte: o la Iglesia levanta el látigo o nuestras pastorales no servirán para nada; o la Iglesia podrá radicalmente todas estas exuberancias o el sacramento se convertirá en una fiesta más de sociedad.

## **7. Decálogo conclusivo**

A modo de resumen, presento este **decálogo**:

1. La pastoral de los sacramentos de la iniciación cristiana es cosa de toda la comunidad, no sólo de un grupo de especialistas.
2. La celebración de los sacramentos ha de ser en y para la comunidad.
3. La pastoral de los sacramentos no puede separarse de la pastoral catequética o de caridad.
4. No preparamos para “recibir” sacramentos, sino para crecer en la fe. Los sacramentos no se “reciben”, se viven.
5. Los sacramentos no terminan con la celebración puntual. El post-sacramento es también parte del sacramento.
6. Un sacramento que no lleve al compromiso cristiano desde la fe y la caridad, es un sacramento perdido.
7. Es antisacramento el consumo de sacramentos, como si fueran cosas.
8. Es antisacramento el consumismo que rodea a algunos sacramentos, que convierte el misterio en un objeto más para comerciar.
9. Es antisacramento el negocio más o menos descarado en torno a algunos sacramentos.

10. Todos los sacramentos son un sacramento: Cristo, sacramento de Dios, prolongado en la Iglesia.